



miccelánea

HOWARD JACOBSON

# UN ACTO DE AMOR

TRADUCCIÓN DE SANTIAGO DEL REY

«Una novela desnuda, evocadora, audaz. Su descripción de la obsesión sexual es intimidante, dolorosa y, al final, muy conmovedora. Un *tour de force*.»

Harold Pinter,  
premio Nobel de Literatura



UN ACTO DE AMOR

HOWARD JACOBSON

# UN ACTO DE AMOR

Traducción de Santiago del Rey

*M...*  
*miscelánea*

Título original:  
*The Act of Love*

© Howard Jacobson, 2008

Primera edición: septiembre de 2009

© de la traducción: Santiago del Rey

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona  
[www.miscelaneaeditores.com](http://www.miscelaneaeditores.com)  
[info@miscelaneaeditores.com](mailto:info@miscelaneaeditores.com)

Impreso por Brosmac, S. L.  
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-937228-0-7  
Depósito legal: M. 29.002-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A Jenny, la única

«La fiebre de los sentidos no es un deseo de morir. Ni el amor un deseo de perder, sino el deseo de vivir en el temor de una posible pérdida, allí donde el ser amado mantiene al amante al borde del desmayo. A ese precio solamente podemos sentir la violencia del éxtasis ante la persona amada.»

Georges Bataille, *Erotismo*

«Te voy a decir... lo que es el amor real. Es devoción ciega, una autohumillación incondicional, una sumisión absoluta; es dejar de creer y de confiar en ti mismo y en el mundo entero y entregarte en cuerpo y alma al verdugo... ¡tal como yo hice!»

Charles Dickens, *Grandes esperanzas*

## PRÓLOGO

Las cuatro era una hora ideal para todos: para la esposa, el marido, el amante.

Las cuatro en punto: cuando el tiempo en la ciudad se estremece sobre su eje; el día no ha terminado, las ruedas de la tarde comienzan a girar.

La hora de la entrega. A Marius le gustaba considerarla así.

Marius, el cínico. Marius, el que sostenía que la selección natural refutaba a Dios y la humanidad, a la selección natural. El que no preveía más grandes aventuras en su vida, ni siquiera esa última aventura que le queda al hombre moderno: el amor extasiado y sin medida, indecoroso, obsesionante. Marius, el que se enorgullecía de estar por encima de la sorpresa y la decepción, puesto que no había nada que esperar de nadie, ni mucho menos de sí mismo. Marius, el desconsolado.

Tenía treinta y cinco años, aunque parecía y sonaba mayor. Alto, con un aire peligroso, con un rostro que parecía sugerir una catástrofe ecológica: los ojos de la ciudad perdida de la Atlántida; los pómulos, ruinosos; una boca cruel, como el lecho seco de un río. Las mujeres solían encontrar atractivo ese aspecto, confundiendo sus propias precariedades con la suya. Yo también, aun-

que fuese lo opuesto a él en todos los sentidos. Yo era precisamente ese hombre extasiado que él creía extinguido. Yo soy el que se consume de amor.

Seamos creyentes o ateos, ahora somos todos fundamentalistas. De un modo u otro, has de ser un devoto. Marius se prosternaba ante el altar del Descreimiento. Yo, ante el altar de Eros. Un dios siempre es un dios.

Dicen que la fe fortalece. Mi fe era de otra clase. Yo creía para hacerme más débil. Flagelante del amor, hallaba en la debilidad mi singularidad más íntima.

Eran las cuatro en punto, en todo caso. La hora de la entrega. Un concepto tan lascivo que casi me falta el aliento al imaginarme a Marius imaginándoselo.

En cuanto a quién y qué entregaba, eso no puede dilucidarse en una sola frase, suponiendo que pueda dilucidarse en absoluto. La belleza de un contrato obsceno consiste en que a cada cual le corresponde una parte.

La esposa, el amante y el marido.

Yo era el marido.

## PRIMERA PARTE

### MARIUS

«Ahí está. Con su chaqueta negra de terciopelo suntuosamente ribeteada de piel oscura, es un déspota apuesto y orgulloso que juega con las vidas y las almas de los hombres... Ante su mirada gélida se adueña otra vez de mí un terror mortal: el presentimiento de que este hombre la cautivaré y hará de ella su esclava, de que tiene el poder de subyugarla por completo. Ante esa virilidad feroz, siento vergüenza y envidia.»

Leopold von Sacher-Masoch, *La Venus de las pieles*

Vi a Marius por primera vez (mucho antes de sospechar siquiera que tendría que vérmelas con él —o él conmigo, si vamos a eso—) en un cementerio rural de Shropshire. Una de esas penosas mañanas del monte Wrekin que hizo célebres el poeta Housman, con la lluvia deslizándose en torrentes por las laderas y el vendaval azotando los árboles; una mañana de perros, en fin, chorreante y empapada hasta los tuétanos. A mí me daba igual, yo no era de allí. Con ponerme unas botas de agua antes de salir del hotel y abrir un paraguas, podía aguantar lo que hubiera que aguantar y luego largarme. Pero las demás personas que estaban en el cementerio habían decidido vivir en aquel lugar dejado de la mano de Dios. No me pregunten por qué. Para contribuir a su propio y prematuro confinamiento, supongo. Para terminar con la vida antes de que ésta terminara con ellos.

Tal es el ansia de dolor, la apocalíptica impaciencia que abunda por ahí. No me refiero sólo al condado de Shropshire, aunque tal vez Shropshire contenga una porción superior a la debida; me refiero al mundo en general. Que venga ya la maldita bomba, clamamos; que publiquen en Internet las instrucciones para fabricarla. Soplad, vientos; que estallen vuestras mejillas; abrasamos la

tierra, levantamos nuestra morada al pie de un iceberg medio derretido o de un volcán enfurecido; nos bañamos en las playas que ha de arrasar un tsunami. Nos morimos de impaciencia por que se acabe todo de una vez. ¡Así somos los masoquistas!

Y no obstante, siempre hemos tenido a mano el medio ideal para sufrir exquisitamente y continuar viviendo. Bastaría con que supiéramos dónde buscar. En nuestro propio lecho, por ejemplo. En la persona amada tendida a nuestro lado.

Con un amor lo bastante intenso ya tienes acceso a todo el dolor que siempre has deseado.

No era un pensamiento que hubiera llegado a formular a la sazón, debo decir, pues ni había conocido, ni me había casado ni me había enamorado todavía locamente de la mujer que habría de convertirse en mi torturadora. Marisa vino después. Pero en la oscuridad vegetativa que la precedió siempre tuve la certidumbre de que mi sensibilidad a flor de piel iba desarrollándose y preparándose para la irrupción de alguien. Es fácil decirlo después y ver a Marisa como la realización de todos mis anhelos, como aquélla para la que me había venido reservando. Aunque desde luego yo no me enamoraba provisionalmente antes de conocerla. Cada vez que caía perdidamente enamorado, creía que era algo definitivo e irremediable. Pero en cuanto me recuperaba, tenía otra vez la convicción de que la mujer que acabaría del todo conmigo —que me haría suyo como jamás lo había sido de nadie, que me convertiría en un poseído en el amplio sentido de la palabra— estaba aún por venir, aguardando su momento culminante, tal como yo aguardaba el mío. De ahí, supongo, mi interés por Marius incluso antes de comprender el papel que jugaría en ese momento cumbre. Debí de ver en él al elemento complementario y pornográfico de mis deseos todavía no del todo definidos.

Era imposible deducir por su actitud en el funeral si se trataba de uno de los principales allegados. Se le veía ceñudo y ofen-

dido, envuelto en una bufanda y una capa negra como un Hamlet. Pero por algún motivo, aunque atendía abiertamente a la viuda —a la que yo no conocía, pero que parecía cargar con la vergüenza de un antiguo escándalo, como una mujer «caída» de novela victoriana—, no me pareció que pudiera ser el hijo del finado. Su aflicción, si se trataba de aflicción, era de otro orden. Si tuviese que calificarla sencillamente diría que la sentía de mala gana: como si estuviera convencido de que los dolientes estaban llorando a la persona equivocada. Hay hombres que parecen sentir celos cuando asisten a un funeral, como si desearan apropiarse del protagonismo, y Marius me dio precisamente esa impresión.

Yo había conocido y tenido tratos con el difunto, que había sido profesor de literatura y poseía una enorme biblioteca. Me había desplazado desde Londres para valorarla, aunque finalmente nuestras negociaciones no dieron ningún resultado. La biblioteca estaba en muy mal estado y casi se desmoronó en mis manos antes de que pudiera ofrecerle una cifra. Un hecho sólo a medias casual, puesto que el profesor en realidad no quería desprenderse de sus libros, fuera cual fuese su estado de conservación. Era un hombre encantador que parecía desplazado o anticuado y que protestaba contra las crueldades de la vida con un extraño chillido de ratón. Uno de los decepcionados de la vida (ahora de la muerte). Pero no lo había conocido lo suficiente como para poder deslizarme entre sus amigos y familiares y preguntarles quién era el Príncipe Negro. La posibilidad de relacionarme directamente con él quedaba excluida. Se le veía tan obstinadamente cerrado al menor contacto visual, no digamos ya a una presentación, como al propio difunto.

Observándolo más tarde, en el salón del pueblo apenas caldeado hacia el que desfilamos tras el servicio religioso (casi doblados, como los arbolitos azotados por el viento), me pregunté si aquel tiempo inhóspito habría sido el responsable del aspecto que

tenía junto a la tumba, pues se le veía mucho menos lúgubre una vez despojado de su abrigo, de su bufanda y, si no me equivoco, de la viuda. Decir que tenía un aire alegre sería mucho decir, pero ahora se volvió animadamente inaccesible, en lugar de simplemente inaccesible. Parecía desprenderse de él un fuego frío, tal como las chispas de una bengala.

Era apuesto, siempre y cuando uno considere apuestos a los hombres altos y rapaces. A mí, que soy todo lo contrario de un depredador, me intimidaba. Pero eso es parte de lo que significa ser apuesto, ¿no?, quiero decir: infundir miedo.

Se había situado junto a una mesa donde había salchichas y empanada de cerdo, dificultando el acceso del resto de la gente y flirteando de un modo glacial con dos chicas rellenitas, que yo tomé por hermanas por la sencilla razón de que él parecía querer separarlas. Daba la impresión, tal vez injusta o tal vez no, de ser un hombre capaz de cruzar cualquier límite siempre que el asunto entrañase alguna oscura travesura. Fue esa misma impresión lo que me impulsó a preguntarme si aquellas chicas, ahora que me fijaba, tenían la edad suficiente para poder dirigirse a ellas con tanta libertad. Hasta qué punto eran jóvenes no habría sabido decirlo: cuando no tienes hijos (y la paternidad no es lo mío) pierdes la capacidad de distinguir los doce años de los veintisiete. Pero las dos exhibían abiertamente esa expresión depravada de las chicas que saben que podrían meterte en la cárcel por su causa.

Marius, por su parte, aunque permitía que se sintieran objeto exclusivo de su atención y únicas beneficiarias de su brillantez, lograba esgrimir las al mismo tiempo como una especie de reproche a la concurrencia: como si la aburrida mediocridad de todos ellos fuese el motivo de que se hubiera visto reducido a malgastar su tiempo con un par de niñas con aros en la nariz y pintalabios negro. Pero tal vez no lo interpreté bien. Quizá se sentía profundamente afectado por el funeral y consumido por tal dolor

que sólo una charla imprudente con aquellas jóvenes provocativas lograba aplacar.

Y ellas, me pregunté, ¿qué veían en él que disolvía la indiferencia habitual de las chicas jóvenes ante la lúgubre inteligencia de los hombres que casi las doblan en edad? Se reían con un entusiasmo que habría sido incluso demasiado flagrante en un baile de sociedad, no digamos en el refrigerio de un funeral. Alzaban hacia él sus caras ruborizadas de caperucitas peligrosas, se diría que encendidas por la conciencia de que la audacia implícita en la atención que él les prestaba exigía de su parte un atrevimiento recíproco.

De modo bastante brusco, como si temiera que pudiera producirse una escena, decidió darle fin a aquella charla y aplicarse de nuevo a sus deberes con el difunto y su viuda, por aburrida que resultara la conversación de ambos. Pero antes de separarse de las chicas, lo sorprendí diciéndoles algo sólo con los labios (en parte en secreto, aunque sólo en parte). No me resultó difícil descifrar qué había dicho. A mí, además, raramente se me escapa nada que encierre una promesa indecorosa. Y sí, lo reconozco, soy capaz de ver una falta de decoro donde no la hay. Aunque no en esa ocasión.

—Cuatro... en... punto —dijo sin articular palabra.  
¿Qué hacía? ¿Quedar con ellas después del colegio?

Las cuatro en punto.  
La hora del temblor.

Si era una cita ilícita no se presentó, supuse. La menor sí se habría presentado; o probablemente las dos juntas, incitándose mutuamente mientras esperaban de pie en la esquina que Marius les hubiera indicado, subiéndose a cada minuto las mangas de vo-

lantes para consultar sus relojes de Mickey Mouse, riéndose y tapándose la nariz con sus pañuelos, mientras les latía el corazón aceleradamente bajo el blazer. Pero Marius, no. Lo que él quería de aquellas chicas ya lo había conseguido.

Cómo puede uno deducir a partir de una impresión tan breve (y en gran parte, desde detrás) que un hombre es un libertino virtual, que desata incendios y no se detiene a ver cómo arden, que en el último momento prefiere negar un favor sexual que concederlo, no sabría explicarlo. Quizás esa clase de sadismo se refleje en la curva de la columna. Quizá sea sencillamente que se me da muy bien ver lo que yo quiero ver. Sea cual sea la explicación que quieran darle, la cuestión es que sentí por anticipado «el aguijón de su indiferencia» (le robo la expresión a Leopold Bloom, santo patrón de los subyugados y engañados). Lo sentí tan agudamente como lo habrían sentido aquellas chicas a las cuatro en punto de la tarde en el sitio donde Marius decidió no presentarse a su cita.

La ofensa sexual: ése es mi territorio. Soy un experto en la materia. Podría escribirles un tratado de mil páginas y en doce lenguas distintas —algunas de ellas, muertas— sobre la diferencia entre la picadura del aguijón y un simple y leve escozor. Cosa que procede en parte de una amplia lectura, quizá demasiado apasionada, de esa clase de novela clásica (inglesa, francesa, rusa o lo que sea) cuyo tema principal es la humillación. Siento la tentación de preguntar si existe otra clase de novela clásica. Pero admito, aunque sea con perplejidad, que existen lectores que abren un libro para dejarse engatusar por hechos extravagantes o para conmoverse con acciones de vulgar heroísmo. Yo debo de haber nacido sin el gusto por el misterio y la épica.

El amor: ése el único asunto sobre el que me ha interesado leer. El amor y sus agonías.

El amor me afligía.

Yo no trazaba ninguna distinción entre la vida y la literatura. En las historias que devoraba precozmente me sentía atraído de una forma natural por el dolor: tanto por las penas del joven Werther como por las del maduro Alexei Alexandrovich Karenin; tanto por el temple pueril, quisquilloso y vulnerable de Julien Sorel como por la tristeza contemplativa y profundamente femenina de Anne Elliot. Pero las cosas no habían sido diferentes en mi vida. Yo nací enfermo de amor: de un amor no correspondido, neurasténico y tembloroso de celos, y con unas ansias morbosas de entregar mi corazón mucho antes incluso de tener a quien entregárselo.

Que yo también sería desdeñado y me consumiría como los héroes y las heroínas de mis lecturas, no lo dudé nunca.

La primera chica a la que podría considerar de veras una novia —la primera con cuyos dedos me fue permitido entrelazar los míos— me traicionó la segunda vez que salimos. Fuimos juntos al cine y, dos horas y media más tarde, se marchó con otro. Cómo y dónde lo encontró, teniendo en cuenta que sólo parecíamos estar nosotros dos sentados en la oscuridad y que yo no le solté la mano ni una sola vez; por qué lo prefirió a él, qué me faltaba a mí o qué había hecho mal que pudiera explicar esa preferencia y también la crueldad de dejármelo tan claro... no llegué a comprenderlo nunca. Los dos habíamos cumplido los quince. Ella tenía una espectacular cabellera negra, unos ojos de pitonisa y unos brazos bronceados, esbeltos y tan largos que yo imaginaba que podría rodearme dos veces con ellos. Ella ya había besado antes, yo no. Pero procedía de una familia de maestros —su padre daba clases de chelo en la Royal Academy of Music— y me dijo que le encantaría enseñarme a besar. Inexplicablemente, ahora se sentía igual de encantada de enseñarle a otro alumno.

Durante semanas me aposté frente a su casa después del co-

legio, creyendo que se ablandaría, que lo sucedido había sido un error, una simple confusión que se desharía con la conversación o con el mero hecho de verme. Pero ella no se asomó ni una sola vez a mirar, ni siquiera por la ventana. Yo confiaba en que tal vez saldría su padre. Como profesor de chelo, seguro que habría comprendido mi desolación. Pero tampoco él apareció. Finalmente, emergió de la casa una chica —la hermana de Faith, supuse— para informarme de la situación.

—Faith dice que ahora sale con Martin. Ha dicho que hagas el favor de irte a casa y dejarla en paz.

Puse la cartera en el suelo, como si fuese a quedarme allí plantado eternamente. ¿Qué pretendía? ¿Que se abriera la tierra y me tragara? ¿Que Faith se retractase de lo que me había dicho su hermana? ¿Una imagen fugaz de Martin que me mostrara al menos lo que me faltaba?

La hermana debió de sentirse conmovida ante el espectáculo de amor contrariado que yo ofrecía, porque adoptó un tono mucho más amable para decirme:

—Estas cosas pasan. Lo superarás.

Nunca lo superé. Lo que estaba sufriendo por la pérdida de Faith —me decía la razón— no guardaba ninguna proporción con lo que había sentido por ella en las dos únicas ocasiones que habíamos salido y en los pensamientos que yo le había dedicado entre ambas salidas. Pero la razón no me servía. Nada sirve contra los celos. Empecé a idealizar su belleza. Sus brazos se volvieron más largos y más esbeltos. Sus besos, que no habían pasado de un mero tanteo con mucho tropezar de dientes, eran de repente profundos y penetrantes, tan insondables como el mar, tan desesperados como la sensación de ahogarse (sólo que era otro quien se bañaba ahora en ellos, mientras yo me ahogaba más bien en su ausencia). No comía. Mis notas se resentían. Me dolía la cabeza. Tenía instintos homicidas, no contra Faith o Martin, sino contra

mí mismo. Si hubiese poseído un poco más de lo que las chicas querían —fuera lo que fuese—, aquello no hubiera sucedido. Pero ya era demasiado tarde para adquirir esa cosa misteriosa que ellas deseaban, porque no existía un futuro para ponerla en práctica.

Me restregaba el corazón dolorido. Me lo palpé, le saqué brillo hasta que no quedó ni una brizna de piel entre mi corazón y yo. ¿Era a Faith a quien echaba de menos, o más bien a mí mismo, a la persona que había sido cuando ella me había rodeado dos veces con sus brazos maravillosos? ¿Dónde localizar el dolor exactamente? ¿En los besos que me habían sido arrebatados casi antes de empezar, o en el insulto que suponía que ella hubiese preferido a Martin? ¿Qué veía en él? ¿Qué era lo que no encontraba en mí? ¿Qué era, qué era, qué era...?

Fui más cuidadoso desde entonces, en ese después en cuya existencia no había creído. No hacerle a nadie el daño que me habían hecho; no salir nunca del cine con otra persona que no fuera aquélla con la que había entrado; no demostrar nunca que prefería besarme con otra. Cómo sobrevivir a los celos se convirtió en el estudio de mi vida. Cómo aceptar que una persona a la que amabas pudiera no amarte a su vez. Cómo soportar que sus besos se fueran a otra parte. Cómo afrontar el abandono: la conciencia de que no eres ni serás amado, de que permanecerás expulsado para siempre, no porque no seas digno de ello, sino porque estorbas en el camino de la felicidad de otras dos personas. Condenado a una eterna soledad para que ellos puedan seguir juntos eternamente.

—Ya conoces mi lema —me dijo mi padre, envuelto en la nube de humo de un puro—. Si se te escapa el primer autobús, siempre puedes tomar el siguiente.

Le repugnaban mis gimoteos. A mí, simple y llanamente, me repugnaba él.

—¿De qué te sirve el segundo si el primero te ha atropellado? —le repliqué.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, unos cuantos huesos rotos, nada más.

—¿Huesos?

Mi madre se mostraba más compasiva, aunque tampoco me resultaba de mucha ayuda. No fui a verla a su habitación, que, desde que yo tenía memoria, había sido un recinto íntimo de dolor, pues también ella había sido abandonada. Pero se me acercó una mañana, cuando yo permanecía inmóvil y desconsolado en la cama, mirando el techo y alimentando una tristeza que había ido haciendo de mi cuerpo su morada permanente (un río de ácido y miel hirviente que se desplazaba por mis venas con lenta y engañosa dulzura).

—¿Es siempre así? —le pregunté.

—¿El engaño?

—El amor.

Reflexionó unos instantes, envolviéndose en su bata de brocado. Mi madre siempre había parecido de otra era, como si la hubieran dejado abandonada en una época previa.

—Ojalá pudiera decirte que no —me respondió—. Pero encontrarás a otra persona y olvidarás lo que ha sucedido esta vez.

—¿Y cuando vuelva a suceder?

Me acarició la mano. Un gesto inusual de calidez en mi familia, en la que el contacto físico se reservaba solamente, cuando no era indecoroso, para apartar o rechazar.

—Quizá tengas suerte —dijo—. Quizá no vuelva a suceder.

—¿Y qué podría impedir que vuelva a suceder?

—Tal vez aprendas a amar un poco menos a la próxima persona. O al menos a tener menos expectativas en ella.

—¿Pero entonces seguiría siendo amor?

—Ah, bueno —dijo ella, enderezándose—, ésa es la gran pregunta.

Quizá yo sólo tuviera quince años, pero conocía muy bien la

gran respuesta. Si querías enamorarte —y no deseaba otra cosa— tenías que acoger en tu alma todos los síntomas y secuelas del amor: el miedo a ser engañado, que no era menos intenso que el miedo a la muerte; los celos, que te reconcomían hasta el tuétano; la anticipación febril de la pérdida, que ninguna confianza —por grande que fuese— lograba aplacar. La pérdida... La pérdida que te aguardaba después de la ganancia con la misma seguridad con que el nuevo día había de seguir a la noche (suponiendo que volviera a amanecer). Amabas no sólo con la expectativa de perder, sino con el propósito de perder: eso era lo que me habían enseñado mis libros preferidos y, ahora que los había puesto a prueba en la vida real, sabía que decían la verdad. Amabas para perder y, cuanto más amabas, más perdías. El miedo y los celos no eran un fenómeno adicional: eran el amor mismo.

El río de ácido fundido regaba todo mi cuerpo, como si hubiera hallado en él su curso natural y no fuera a abandonarme jamás.

Menos mal que *algo* no me abandonaría jamás.

Después del funeral, no tomé el tren de vuelta a Londres tal como había planeado. Algo me retuvo en Much Wenlock. No sentía ningún deseo de llegar a la ciudad aunque fuera sábado por la noche. Pedí unos sándwiches y me los comí en la habitación del hotel. Todo parecía torcido allí: los sándwiches se deslizaron fuera de la bandeja, la botella de cerveza resbaló de la mesita de noche. Sólo aferrándome al colchón conseguí no resbalarme fuera de la cama.

Pero el aire torcido del lugar encajaba con mi estado de ánimo. Me sentía descompuesto.

Me despertaron las campanadas de la iglesia el domingo por la mañana. Un sol burlón se colaba a través de las cortinas. El

viejo había sido enterrado y ahora la vida podía volver a empezar. Decidí aprovechar el único sol que probablemente iban a ver en Shropshire en cien años y me vestí deprisa. Necesitaba un buen desayuno y no quería arriesgarme a que se me cayera un huevo frito en el regazo, así que salí en busca de un café. Luego vagabundeé un poco, contemplando el priorato y algunos edificios con entramado de madera. Finalmente encontré un par de librerías del tipo que me empeño siempre en inspeccionar cuando salgo de Londres. Casi nunca encuentro nada de valor, pero no dejo de comprar uno o dos libros, simplemente para expresar un interés de colega. De todas las formas de confinamiento prematuro de las que he hablado antes, la venta de libros en provincias es la más lastimosa. Sentados tras sus mesas de madera, los librereros fingen leer —aunque ya se han leído una docena de veces su catálogo entero— o anotan sus magras ventas en un libro de contabilidad con un lápiz sin punta. Podría haber sido yo perfectamente, pienso siempre, de no ser por la previsorá clarividencia de mis antepasados, que se habían asegurado de que nuestro destino se desarrollase en Marylebone, que viene a ser en Londres lo más parecido a una ciudad dentro de la ciudad. Felix Quinn: Libreros Anticuarios. En la tranquila seguridad de nuestro nombre me parece que se percibe la confianza en sí misma de una familia que no podía concebir siquiera la posibilidad de vivir a más de unos centenares de metros de todo lo que requieren el cuerpo y el alma del hombre: galerías de arte, salas de conciertos, buenos restaurantes, proveedores de vino y queso, hospitales, burdeles.

Otros han de viajar para satisfacer esas necesidades; nosotros no teníamos más que alargar el brazo.

En efecto, una de las gracias apestosas que repetía siempre mi padre era que la felicidad consistía a su edad exclusivamente en poder alargar el brazo y meter la mano bajo la falda de una mujer. Y no se refería a la de mi madre.

Después de revisar los anaqueles de las librerías y de ofrecerles a sus desventurados propietarios un rato de conversación consoladora (por no decir condescendiente), sentí la necesidad de almorzar. Eran pasadas las tres cuando el taxi me dejó en la estación de Shrewsbury. Todos los trenes iban con retraso. Pateé, irritado, el suelo del extremo del andén y miré alrededor, buscando algún sitio donde sentarme al sol y preguntándome si valía la pena ponerme a discutir con la gente que ocupaba los asientos con su equipaje. Los que iban con mochila eran siempre los peores. ¡Excursionistas!, esos masoquistas que creen gozar de salud mental... Al fin, quedó libre un asiento y me apresuré a cazarlo al vuelo. Cuando miré a mi alrededor, vi que me había sentado al lado de Marius.

Todavía iba de luto. Me pareció ver rastros de barro del cementerio en sus zapatos e incluso en su chaqueta. Pero seguramente eran imaginaciones mías. Lo miré un par de veces, esperando una de esas medias sonrisas que invitan a la conversación. Tenía curiosidad por saber cuál era el motivo de que hubiera asistido al funeral y qué relación le unía con el pobre Jim Hanley y su viuda. Tal vez, si tomábamos el mismo tren a Londres, me hablara de su inclinación a ligar con menores para dejarlas luego tiradas. Tal vez me explicara los atractivos del sadismo.

—Una tarde preciosa —dije por fin, dando por hecho que si esperaba a que hablase él, esperaría eternamente—. Un tiempo como éste le hace sentir a uno el deseo de estar en otra parte, ¿no le parece?

Él me concedió una mirada rapidísima, como la que lanza un animal salvaje a alguien que no le inspira temor, pero que tampoco le apetece comerse. Era evidente que si yo deseaba estar en otra parte, él deseaba que me fuera de allí inmediatamente. También era evidente que no me reconocía del funeral.

Eché la cabeza atrás, guiñando los ojos y disfrutando del sol,

para ponérselo más fácil si no quería contestar. Que no se diga que no soy un hombre complaciente.

Decidido a no ser grosero conmigo, consultó su reloj.

—La hora del día, caballero —dijo.

No estaba seguro de haberle entendido. ¿Era una pregunta? ¿Creía que su reloj atrasaba?

—¿Qué pasa con la hora? —pregunté.

—Es la razón de que desee estar en otra parte. Nada que ver con el clima. —Volvió a consultar su reloj—. Le está llegando la fragancia de un lugar lejano. Las cuatro en punto provocan ese efecto.

Por debajo de un cierto deje *cockney* a todas luces fingido, me sorprendió detectar un leve acento. No de las Midlands occidentales, pero casi. No me lo había imaginado hablando con acento. Me decepcionaba. Quería que fuese un ejemplar en estado puro. Lo que yo veía en él era pornográfico, como ya he dicho, y la pornografía es un género quisquilloso: no admite elementos extraños ni payasadas; sólo las líneas frías y precisas de la transgresión sexual, y el silencio que viene luego.

—¿Y a qué lugar lejano huelen para usted las cuatro en punto? —le pregunté.

—¡Ah! —dijo, como si la pregunta le llegara al fondo del alma. Tamborileó con los dedos sobre el maletín que tenía en el regazo y pareció que dejaba volar su imaginación por lugares de ensueño. Aguardé, esperando que dijera Petra o Heraclea, las islas Galápagos o los campos de Troya. Sabía reconocer a un pedante. Y siempre lo son estos hombres asqueados y tiránicos. Desahogan su asco leyendo a los clásicos.

—Tánatos —fue lo que se le ocurrió por fin, corroborando mi impresión. Era un déspota.

Hice una mueca.

—¿Tánatos?

—¿Se pregunta dónde está? Es «muerte» en griego, amigo. Tuve que dominarme para no responderle que preferiría que no me tratase como a una de sus colegialas.

—Ya sé lo que significa en griego —dije—. Lo único que me sorprende es que considere la muerte como un lugar.

—¿Y cómo la consideraría usted?

—Como el final de todo lugar.

Se frotó la boca con la mano, como para no empezar a reírse de mí o para no hacerme trizas a dentelladas. Comprendí cómo se habían sentido aquellas chicas. Era excitante tenerlo cerca; también peligroso, en cierto modo, como si la muerte de la que hablaba fuese un ente sobre el cual él tenía poder. Me sentí como si estuviera sentado con un vampiro en la estación de Shrewsbury.

No me sorprendería saber que me cubrí el cuello inadvertidamente.

—Seguramente usted sostendría de un modo no menos prosaico —dijo con manifiesto desprecio— que la muerte tampoco es una persona. Pero los griegos no habrían estado de acuerdo con usted. Ellos la convirtieron en un hermoso joven y le pusieron una mariposa en las manos. Allí donde estés a las cuatro en punto, oyes a la mariposa batiendo las alas por última vez. Ésa es la razón, ya que ha sacado usted el tema, de que su corazón se duela, como se duelen todos los corazones del planeta, y sienta compasión por el día moribundo a medida que se desvanece en brazos del deseo. ¿Entiende?

No le dije que me lo sabía todo sobre su puta mariposa, muchas gracias. Estaba demasiado impresionado con su estilo.

—La suya parecería ser la cosmología de un incurable romántico —contraataqué, demostrando de paso que no carecía por mi parte de cierto estilo. Pero para entonces él ya se había puesto de pie. No venía ningún tren, pero quería asegurarse de que, cuando llegara uno, no subiría yo en su compañía.

\* \* \*

Parecerá difícil de creer, pero Marius viajaba a Londres para resolver unos cuantos asuntos y, entre la gente a la que iba a visitar para resolver dichos asuntos, figuraba yo mismo. No de un modo personal, sino en cuanto firma de negocios.

Tampoco era tan casual como pueda parecer, dado que sus gestiones estaban vinculadas con la muerte que ya nos había puesto en contacto. No con la muerte de su cháchara sobre Tánatos; me refiero a la muerte real que me había llevado a Shropshire. Al parecer, el profesor llevaba enfermo un tiempo y, en el curso de su enfermedad, había empezado a desvariar. Alguien —llegó a creer— le había robado los volúmenes más preciados de su biblioteca. Él llevaba un diario con toda la información necesaria para localizar a los ladrones que habían llegado desde Londres en plena noche y se habían llevado todos los libros que habían podido en un camión de mudanzas. No lo habían maniatado ni maltratado, pero sí le habían advertido con aire amenazador que no hiciera nada para impedir su huida. Por suerte, él había tenido la presencia de ánimo necesaria para anotar el nombre del conductor: Felix Quinn: Librero Anticuario. Una referencia en su diario sobre la cita que él mismo había concertado con Felix Quinn en persona, y una entrada posterior en la que describía el encuentro como «altamente satisfactorio en cierto sentido», sugería una versión distinta de la historia. Pero aquéllos que se preocupaban por él —es decir, de un modo retrospectivo— y que acaso se hallaban inquietos sobre su parte en la herencia, habían pensado que lo mejor sería aclarar todo el asunto. Parecía un poco pronto después del funeral, pero no me correspondía a mí juzgarlo. La gente de pueblo suele ser más suspicaz que quienes vivimos confiadamente en las ciudades.

Entre las personas que se preocupaban por él figuraban su esposa, que se había fugado con un hombre mucho más joven —el estudiante preferido del profesor—, y el hombre más joven en cuestión, que no era otro que Marius.

No había pues, como he dicho, ninguna coincidencia en ello, salvo el hecho de que uno de mis ayudantes, Andrew, que fue quien atendió a Marius cuando se presentó el lunes por la mañana, lo conociera de la universidad. Yo no estaba en la tienda cuando Marius y Andrew renovaron su vieja amistad, pero por lo que me dijeron todo discurrió de un modo tan amigable como era posible tratándose de Marius. Éste, por lo visto, salió de allí malhumorado, pero convencido de que el viejo no había sido despojado con malas artes de sus georges macDonalds y sus christinas rossettis; después de ello, Andrew —un tipo jadeante y chalado por los libros, con una coleta que yo insistía en que se cortara cada vez que su longitud amenazaba con jugarle una mala pasada en las escaleras de la biblioteca— accedió a contarme todo lo que sabía de Marius mientras almorzábamos en un restaurante neozelandés que acababan de abrir en High Street.

Se había fugado con ella, con la esposa del profesor. Ésa era la parte más jugosa. Decimos «fugarse» cuando lo único que queremos decir es «irse a vivir juntos» a otro lugar. Pero aquello había sido una fuga en toda regla. Él tenía veinte, ella cincuenta. La historia completa, a la que mis propias investigaciones le han añadido luego el color del que inevitablemente carecía el apresurado relato de Andrew, era la siguiente:

Ella estaba casada con un profesor emérito que trabajaba a tiempo parcial, ya con sus facultades algo mermadas, y que había hecho amistad con Marius, entonces en su segundo año de universidad. Había visto en aquel joven un talento precoz y acaso infortunado que le recordaba el suyo. Antes de resignarse a una ignominiosa vida académica, exponiendo los restos de su

pensamiento en aulas y salas de conferencias desprovistas de estudiantes —o casi, con la excepción de Marius—, el profesor había acariciado la esperanza de convertirse en ensayista, en un creador de mitos y un ingenioso autor de epigramas. Ahora, cojo y duro de oído, imaginaba aquel mismo futuro para Marius, que se convirtió en un invitado habitual en su casa, donde habría de conocer, tal como estaba escrito, a Elspeth, ya bastante mayor para ser su madre, pero no lo bastante todavía para ser su abuela. Ella era hermosa en ese estilo plateado y de edad aparentemente indefinida típico de las mujeres inglesas de clase media que se empeñan en parecer mayores mientras son jóvenes. A los quince parecía tener casi cien. Durante las tres décadas siguientes pareció tener unos quince. Ahora, en pleno equinoccio, oscilaba entre la seguridad en sí misma y la desesperación. Su vida no había terminado aún, las ruedas de su atardecer habían empezado a girar. Y Marius, dejando aparte los argumentos a favor de la prudencia, no digamos de la decencia, no era inmune —como yo mismo iba a descubrir— a los encantos equinocciales.

Él le hablaba abiertamente —al menos para lo que era su carácter poco comunicativo—, y en presencia del profesor, además, del amor que sentía por ella. Y debía hacerlo con un lenguaje, tal como ahora lo imagino, a medio camino entre Gatsby y Schopenhauer: tratando de aferrarse a los sueños, remando con vigor contra la corriente que conducía a una insatisfacción y una infelicidad seguras.

—¿Qué sabrás tú del amor y de la infelicidad? —lo desafiaba ella, con una voz que parecía un alegre repique de campanas, como un pueblo cristiano en la mañana de la coronación.

Estaban en el jardín, bebiendo Pimm's. Era uno de esos suaves días de verano de Inglaterra que le hacen pensar a uno en la eternidad.

—A tu edad, el amor es sólo una palabra —dijo el profesor—. Aún no puedes sondear sus miserias.

Cuando hablaba el profesor era como si un papel reseco cruzara entre los árboles.

—Al contrario —objetaba Marius—, yo he sondeado sólo sus miserias. Coincido con Wittgenstein: lo que él llama *pathos* ata a un hombre enamorado sin importar si ese amor lo hace feliz o infeliz: «*Aber es ist schwerer gut unglücklich verliebt sein, als gut glücklich verliebt*» (Pero es más difícil mantener la compostura cuando estás enamorado de modo desdichado que cuando estás dichosamente enamorado).

Los árboles entonaban ahora una canción de promesas eternas.

El profesor intercambió una mirada con su esposa. «¿Lo ves? —decían los ojos del viejo—. ¿A que es tan brillante como te dije?»

Elsbeth asintió. Sí, ya lo veía.

Se fugaron. Tal vez hayan sido las últimas personas de este país que se fugaron, puesto que la fuga no dejaba de ser una salida desesperada para los amantes en una sociedad demasiado estricta. Ahora simplemente dices que te largas y, si a alguien no le gusta, también tiene que tragárselo. En realidad, ellos no habrían encontrado la menor resistencia. No, desde luego, por parte del profesor, cuya vida constituía ya tal decepción que la pérdida de su esposa (aunque también podía considerarse que había ganado un hijo) apenas podía agravar su melancolía. Ni tampoco por parte del padre de Marius, que despreciaba a su hijo y no necesitaba más pruebas de que era un idiota. En cuanto a su madre —me avergüenza decirlo por lo que atañe a la reputación de la psicología—, se había fugado a su vez un año después de que Marius naciera. Una fuga en toda regla, con el marido persiguiéndola con una pistola. Marius y Elspeth, sin que nadie los persiguiera, se fugaron sencillamente porque querían fugarse.

Marius, en un coche prestado, la esperó frente a la casita de campo de un pueblecito llamado Quatford, en Shropshire. Él tenía veinte, ella... Su edad real no importaba, a fin de cuentas. En expectativas, también tenía veinte. Eras las cuatro en punto de la tarde: una hora en la que su marido, el profesor, o daba clase o hacía una siesta. O ambas cosas a la vez, como decía Elspeth burlesca, con una voz alegre de adolescente. Ella habría preferido escaparse de noche, con la luna como único testigo, pero Marius no había conseguido que le prestaran el coche tanto tiempo.

Trató de besarla en cuanto la vio llegar con un bolso de viaje y una bufanda alrededor de los hombros, pero Elspeth le insistió para que se apresurara.

—Conduce —dijo—. Límitate a conducir.

Marius le preguntó dónde estaba el resto de su equipaje.

—Conduce —le ordenó ella.

Nadie los seguía, pero Marius obedeció.

De vez en cuando, ella se echaba hacia delante y miraba por el retrovisor para asegurarse de que no venía nadie detrás. Se ponía nerviosa en los semáforos y se sobresaltaba cada vez que un coche los adelantaba. Pero se hallaban a salvo. Ninguna alarma se había disparado; nadie los perseguía. Una vez que hubo comprobado que su biblioteca seguía intacta y que no se habían llevado ninguna de sus conferencias, el profesor dio un suspiro y los abandonó a su suerte. Eso Elspeth no se lo perdonó nunca.

No habían planeado a dónde irían. Elspeth prefería que fuese un secreto. Marius dio por descontado que se la llevaría a su pensión en Sutton Coldfield, aunque allí compartiera el baño con otros cuatro estudiantes. Pero Elspeth esperaba pasar un período de transición en algún lugar neutral que no perteneciera a ninguno de los dos. Cuando Marius le explicó que tenía que devolver el coche antes de que se hiciera de noche, Elspeth le advirtió que en tal caso también tendría que devolverla a ella antes de que anocheciera.

—Si puedes robarle la esposa a quien ha sido tu profesor y protector —le dijo— también puedes robarle el coche a un amigo.

Fue en ese momento cuando Marius comprendió lo tortuoso que era el camino que había emprendido. A partir de entonces, empezó a considerarse a sí mismo un inmoralista.

Condujo al azar y sin propósito definido hasta que Elspeth vio un cartel de Stratford-upon-Avon.

—Llévame ahí —le dijo.

Marius miró el indicador de gasolina. Le pareció que tenía la cantidad justa para llegar.

A Elspeth le encantaba Shakespeare y, por ende, adoraba Stratford-upon-Avon. En vez de ir directamente a su habitación en el albergue que Marius encontró, ella lo llevó al Royal Shakespeare Theatre para ver —cosas del destino— *Antonio y Cleopatra*.

—¿Sabes? —le susurró antes de que se apagasen las luces—, hace veinte años vi en este mismo teatro a Peggy Ashcroft en el papel de Cleopatra y a Michael Redgrave en el de Antonio.

—Antes de que yo naciera —cuchicheó él.

Ella lo tomó del brazo.

—Nadie creía que Peggy Ashcroft fuese capaz de interpretar a Cleopatra, pero estuvo magnífica.

Habría sido antes de que él naciera, pero Marius recordaba que Kenneth Tynan se había referido con mordacidad a aquella pareja teatral, célebre si acaso por lo aberrante que resultaba. Precisamente había sido un trabajo de Marius comparando a Tynan y George Bernard Shaw como críticos de la escena inglesa lo que inicialmente había despertado el interés hacia él del marido de Elspeth. El profesor no era un amante del teatro, del mismo modo que no lo era Marius, pero ambos compartían un gusto especial por aquellos pasajes de la crítica teatral en que los grandes

críticos no parecían tampoco tan entusiasmados con el género. Lo que Marius recordaba era el chiste de Tynan, según el cual el único papel de *Antonio y Cleopatra* que una actriz inglesa era capaz de interpretar era el de Octavia, la pálida hija de César. Con cierto sadismo, en aquellas circunstancias, le repitió a Elspeth el chiste, acompañado con esta coletilla de deliberado mal gusto del propio Tynan: «Las grandes putas de la dramaturgia mundial han dejado siempre perplejas a nuestras chicas».

Vamos a atribuirle a Marius el peor motivo posible. No sólo debía querer reafirmarse tras el pobre papel que había hecho en los preparativos de la fuga, sino que eso debió de excitar la parte más maligna de su naturaleza —el rencor y el sadismo, digamos— y lo impulsó a utilizar la palabra «puta» ante la esposa de su profesor: una mujer con edad suficiente para reñirlo por su lenguaje y que ese mismo día había abandonado por él la decorosa seguridad de su antigua vida.

Por su parte, Elspeth seguía convencida de que Peggy Ashcroft había encontrado en sí misma los rasgos suficientes de una gran puta para interpretar el papel de Cleopatra. En el fondo, se había escandalizado ante la brutalidad de aquel término y no consideraba que pudiera aplicarse a Shakespeare. Pero defendió su punto de vista vagamente y sin convicción, como si aquello la impulsara a preguntarse a su vez, en aquel escenario venerado, si ella sería capaz de encontrar en sí misma los rasgos suficientes de una puta para interpretar de modo convincente su papel de amante de Marius.

Una historia que —dejando de lado otras consideraciones— explicaba por qué me había provocado Marius tal agitación desde que le puse la vista encima. No está al alcance de cualquier chico de veinte años seducir a una mujer de cincuenta, arrebatársela a su

marido y lograr que se vaya a vivir con él. Marius era un transgresor nato, un especialista en faltarle al respeto a toda decencia, y yo tenía olfato para esa clase de personas. Sin contar (o quizá lo digo precisamente por eso) con que también me había tratado con poco respeto a mí.

Decir que tengo olfato para esa clase de gente es una manera muy suave de referirse a un instinto sobre el que debería explicarme con más valentía. Algunos hombres —y Marius era uno de ellos— me han llenado siempre de temor en la medida en que parecen poseer una cualidad especial de la que yo carezco, a saber: de los medios necesarios para persuadir a una mujer de que se abandone, contra todos los dictados de la razón y la conciencia, a una lujuria desenfrenada. A eso me refiero cuando digo que veía de un modo pornográfico a Marius. Fuera cual fuese su verdadera naturaleza, él interpretaba un rol arquetípico en el libresco escenario de pasión y melodrama de mi imaginación sexual. Acechaba en la oscuridad de los cines, invisible para todos salvo para la mujer que iba a robarte, y la besaba furtivamente entre las sombras incluso mientras te sentabas junto a ella y la tomabas de la mano. Era el eterno libertino, el mujeriego que hace que cualquier hombre que no lo es se preocupe por su potencia. No importa si tú mismo albergas o no el deseo de persuadir a una mujer para que se abandone a una lujuria desenfrenada contra todos los dictados de la razón; el hecho mismo de saber que tú no puedes y él sí se desliza como una serpiente venenosa entre la hierba de tu autoestima. Y eso sucede antes de que plantees la pregunta crucial de qué pasaría si os encontrarais frente a frente disputándoos la misma mujer.

¿Demasiado freudiano? ¿Acaso veía en él a mi padre, compitiendo conmigo por mi madre? No me atrevería a negarlo. Veo a mi padre en la mayoría de los hombres y, sin duda, a mi madre en la mayoría de las mujeres. Ella vivía en una angustia permanente;

él era un cerdo. En lo que se refiere a arquetipos, no te equivocarás mucho en la vida si te dejas guiar por éstos.

En fin, queda aclarado el misterio de la fascinación que Marius ejercía en mí. Él era uno de *ellos*. Tenía lo que Sacher-Masoch vio con un estremecimiento en aquel griego cubierto de pieles oscuras: «el poder de subyugar». No era porque yo hubiera deseado a ninguna de las dos menores por lo que me había resultado inquietante ver cómo jugaba con ellas en el gélido y empapado cementerio de Wooton-no-sé-cuántos; ni era tampoco porque envidiase su aventura con la viuda del profesor por lo que podía sentir el dolor que ella sufría cuando Marius la mortificaba con su actitud distante. Sin duda, esto último formaba parte del ritual de crueldad y humillación implícito en una relación con tanta diferencia de edad. No, lo que me había cautivado era que hubiera hecho lo que había hecho porque podía hacerlo y salirse sin problemas con la suya. Gozan de impunidad estos imperturbables libertinos de rostro taciturno. O la tienen en mis temores. Lo cual sólo significaría que soy yo quien les concede la impunidad.

Primero les atribuyo poderes casi imposibles. Luego los dejo en completa libertad. Para hacer... ¿qué?

Cualquier cosa que su delirante fantasía de pervertidos desee que hagan. Libres para hacer daño. Para quitarte lo que es tuyo. Para arrebatarte a tu esposa cuando les apetezca. Para convertirla en una puta. Para reducirte a la nada.

Por muchas cosas que puedan añadirse al respecto, mi interés en Marius se agotaba ahí. Él venía a ser un personaje de una novela lasciva que yo escribía en mi imaginación, remedando todas las novelas lascivas que había leído (¿y qué novela no lo es?). Pero sólo mientras tenía su imagen ante mí. En cuanto lo perdí de vista, la novela dejó de escribirse. Y habría quedado sin escribir si no hubiera reaparecido de un modo totalmente imprevisto pero

muy oportuno, cinco o seis años más tarde —en la época en la que me había enamorado rematadamente de Marisa—, con motivo de una gestión de carácter sentimental. No era normal que un asunto de esa índole llevase a una persona normal a la puerta de Felix Quinn: Libreros Anticuarios, pero Marius tenía tanto de normal como yo.

Quería recuperar una serie de volúmenes que tenían para él valor sentimental y que habían pasado a nuestras manos unos años antes. Ése era básicamente el asunto. No los volúmenes que el profesor nos había acusado de robarle en su lecho de muerte, sino otros que habían pertenecido a la mujer del profesor y que ésta no había tenido tiempo de llevarse cuando se fugó. No era conmigo con quien se había citado; de hecho, no tenía ningún motivo para relacionarme con la tienda. Pero Andrew, recordando mi interés —él lo recordaba todo: cada libro que nos habían pedido, cada libro que habíamos vendido, cada libro escrito a lo largo de los siglos— me anunció que Marius se disponía a visitarnos. Yo estaba en mi despacho cuando llegó y lo reconocí de inmediato, pese al grueso vidrio que nos separaba y a lo mucho que había cambiado. Ahora exhibía su estatura de otro modo, menos imperiosamente, más como un pretexto para abstraerse. Se había dejado un gran mostacho, unos bigotes de león marino que lucía como un aventurero sueco, como para dar la impresión de ser una persona que tiene algo que ocultar, aunque desde mi punto de vista reforzaban aún más su aspecto de sádico de novela porno-romántica. A juzgar por las numerosas veces que Andrew tuvo que inclinarse hacia él, en algunos casos hasta el punto de verse obligado a apartarse la coleta y a llevarse una mano a la oreja, deduje que Marius se había habituado a hablar en susurros.

Él no me vio y, si me hubiera visto, no me habría recordado.

Mi presencia le pasaba inadvertida, en el más amplio sentido de la expresión.

Aunque ya nos había enviado por escrito su petición, había que cumplir todavía una serie de requisitos antes de que pudiéramos encontrarle lo que buscaba. En Felix Quinn: Libreros Anticuarios no tratamos a nuestros clientes con prisas ni nos gusta tampoco que éstos nos den prisas. Entrás, charlas un rato y luego te marchas; más adelante te mandaremos un paquete o no. Incluso cuando los libros que buscas están a la vista, en los anaqueles, rellenamos un impreso de pedido e iniciamos una búsqueda. En la era de Amazon, nuestros clientes aprecian estas virtudes. Marius nos dejó su dirección. Por simple curiosidad —aunque también podría decirse que por una curiosidad suicida— eché una ojeada para ver dónde vivía ahora. Con toda seguridad, ya no en el lluvioso condado de Shropshire. En eso acertaba de nuevo. El campo no es lugar para una flor del mal como Marius. Lo que no me esperaba descubrir era que se hubiera mudado prácticamente a la puerta de al lado, a las inmediaciones de mi matrimonio.

Por un segundo o dos, mi corazón pareció quedarse casi paralizado. ¿Era la paz aquello? ¿La paz que te envían los dioses en vísperas de la destrucción? Sólo para asegurarme de que no estaba ya destruido, salí a la calle y observé las caras de la gente que se afanaba en sus propios asuntos. Inexpresivas, la mayoría. Ajenas al secreto que yo albergaba. Pero ellos podían haber pensado lo mismo de mí. Nunca se sabe lo que acecha inmóvil en el corazón de una persona.

Según los autores isabelinos, la Fortuna es una puta. Lo cual debe tomarse con ciertas reservas, porque ellos veían putas por todas partes. Les chiflaba la música ronca y vulgar de esa palabra y se emborrachaban con el desencanto frente a las mujeres —y

frente a la vida sexual en general— que va implícito en ella. Enloquecidos por los cuernos y obsesionados por las putas, fornicaban, contraían la sífilis, temían una mentira detrás de cada sonrisa y pensaban que no había mujer casta. Yo, que no soy menos desmedido, pero que veo la falsedad de las mujeres de otra forma—como una oportunidad más que como una maldición, digamos, y desde luego con más comprensión—, veo a la Fortuna como una alcahueta, no como una puta. Explíquenme, si no, por qué Marius, con el mundo entero para elegir, y en un momento en el que yo me hallaba necesitado con urgencia de su peculiar talento, se había sentido impulsado a mudarse tan cerca de mi casa: tanto, en efecto, que, dejando aparte nuestro común interés por los libros antiguos, nuestros caminos estaban destinados a cruzarse finalmente y yo estaba destinado a echarle por fin el anzuelo.

Vivía, según descubrí, encima de una tienda de botones, situada en un callejón lleno de pequeños restaurantes románticos y de boutiques chic, es decir, en el epicentro de la acción, como para recordarse a sí mismo todos los días lo que se estaba perdiendo. A un lado tenía un fabricante de cortinas, al otro una tintorería-quitamanchas. Por la izquierda salía a Wigmore Street; por la derecha, a Harley Street. De día o de noche, no había nada que necesitara un hombre que no pudiese encontrar de inmediato: arte, música, queso, zapatos, salchichas, especialistas en la columna, en el cerebro o el sistema cardiovascular, libros nuevos, libros antiguos, aburridas esposas de profesores retirados... Con la salvedad, eso sí, de que no había nada que él creyera necesitar a aquellas alturas. Aparte de la tintorería-quitamanchas.

A su manera, él estaba tan trastornado sexualmente como yo; sólo que no podía levantarse de la cama para disfrutarlo. No era pereza ni letargo. Había hecho algo terrible y no quería más tratos con el mundo donde aquello había sucedido.

Se despertaba temprano, a menudo antes del alba, con un gusano de bilis enroscado en el intestino. Algunas mañanas se preguntaba si aquel gusano de bilis *era* su intestino. Consideraba por

un momento la posibilidad de sentarse ante su escritorio para escribir algo, épico o epigramático, pero de un modo casi automático alargaba el brazo para encender la lamparita bajo cuya luz seguiría leyendo el mismo libro al que le había dedicado su tiempo libre la noche anterior, antes de caer dormido. Normalmente leía literatura extranjera moderna traducida: el frío erotismo del checo o del italiano vertido a un inglés simple era lo único que podía digerir, como un té flojo y tibio. La clase de prosa, dicho sea de paso, que, me da la sensación, debiera usar yo cuando describo a Marius, presentándolo como ese tipo de despiadado libertino inglés con el que les encanta fantasear a los franceses: como el sir Stephen de *Histoire d'O*, un hombre en quien O detecta «una glacial voluntad de hierro». Pero ésa es una falsedad del porno que no me trago: su castidad expresiva. En el temor que me infundía Marius —en la avidez que me inspiraba— yo rebosaba de palabras.

En el temor que se infundía a sí mismo, sin embargo, él era mucho menos productivo. En su escritorio conservaba un cuaderno de notas de papel rayado que había comprado cuando era estudiante, casi veinte años atrás. En él había intentado escribir una versión inglesa de los vagabundeos de Baudelaire —alimentados con grandes dosis de hastío— por las madrugadas de París. Tenía incluso el título: *Las cuatro en punto*. Era la hora que excitaba a Marius. La medianoche no contaba. Era demasiado obvia. Si las veinticuatro horas del día no marcaban sino las fluctuaciones de nuestros deseos, las cuatro en punto venían a ser para él como el resorte del reloj. En tiempos habían llegado a afectarle como una transfusión de fluidos vitales. Caminaba por las calles y percibía la oscilación entre el día y la tarde como un cambio de temperatura en su propio cuerpo. Oía cómo le hervía la sangre. Ahora se limitaba a observarlo por la ventana que había sobre la tienda de botones. Las cuatro en punto en la ciudad: los dependientes consultando sus relojes, los camareros, con esa brusquedad

tan característica suya, arrojando a la calle la colilla de sus cigarrillos y desplegando manteles limpios; los barman sacando brillo a las copas y contemplando su propio reflejo en la superficie de los cuencos; los hombres y las mujeres apretando el paso en la calle, caminando con la mente en otra parte hacia sus casas para cambiarse de ropa y deteniéndose sólo para comprar flores, chocolate, vino o lencería. Como si la ciudad entera fuese un amante pensando en su cita. Pero una cita que debía terminar de un modo insatisfactorio para que el ciclo de expectación y decepción pudiera recomenzar de nuevo.

Su cama era estrecha e incómoda como la de un monje. Había sido el peor sofá-cama de invitados que poseía en su vida anterior. Pero ¿qué necesidades tenía ahora, al fin y al cabo? Él no habría admitido que era una cama destinada a hacer penitencia. Que fuese estrecha se explicaba porque en aquel nuevo espacio no cabía una más grande. Pero la incomodidad tenía un propósito: era una cama para tumbarse a leer; no pensaba traerse a ninguna mujer para acostarse allí con ella.

Aparte de revisar la información de bolsa de los periódicos —ninguna otra sección despertaba su interés: todo era demasiado previsible—, no tenía nada que hacer en todo el tiempo del que disponía. Ningún trabajo. Ninguna reunión. En los días buenos, la reducida suma obtenida al vender una casa que había heredado le rendía un poquito más. En los días malos, se veía obligado a tener que decidir de nuevo si lo convertía en dólares o en yenes.

Muy de vez en vez, cuando los mercados financieros se volvían contra él y reunía las fuerzas suficientes para levantarse de la cama, vendía copias de los antiguos maestros, hechas en Taiwán, en las verjas que rodean Hyde Park. Conocía a un hombre que conocía a un hombre que sabía cómo conseguir el espacio necesario y también los cuadros para llenarlo. Un pastiche de Miguel Ángel o Gainsborough pergeñado en cinco minutos en una

isla de las costas de China resultaba atractivo para su sentido del absurdo. Dejaba del todo en ridículo cualquier significación. Nada servía de nada ni tenía ningún valor.

Aparte de eso, carecía de ocupación. Se había portado tan mal con su carrera —a saber lo que podría haber sido: profesor, crítico, hombre de letras, cronista de la luz del día sumiéndose en la noche— como con la mujer a la que había amado en tiempos. Puesto que el abandono se convierte en un hábito, había dejado morir también sus posibilidades profesionales.

Lo que había provocado aquel cambio en su situación puede formularse sencillamente: Elspeth había muerto y él no había estado junto a ella. Es posible que no estés al lado de una persona cuando muere por casualidad o por propia elección. Marius no había estado a su lado por elección.

Durante el funeral del profesor había resultado evidente que las relaciones entre ellos no andaban como deberían en una pareja que se había fugado por amor, o sea: Elspeth deseosa de pasar con Marius cada hora que Dios le concediera, decidida a no perder ni una sola oportunidad de contemplar su rostro o de tenderse junto a él, y Marius, convencido de que su belleza seguiría arrebatándolo, proclamando con grandes aspavientos la devoción que sentía por ella y prometiendo adorarla por siempre jamás. Es posible que a él no le hubiera gustado verla derramando lágrimas por su ex marido. Hay quien tiene celos de los muertos. También es posible que se sintiera atormentado por dudas retrospectivas, bien fueran del tipo «Me he portado como un hijo de puta», o del tipo «He cometido una estupidez». Fuera cual fuese la explicación, yo lo había visto con mis propios ojos comportarse de un modo abominable con aquella pobre mujer, mortificándola con su frialdad y sus flirteos en un momento en el que era poco menos

que obligado dejarla que se entregase en paz a la aflicción y los remordimientos.

Si las cosas ya estaban mal antes del funeral, luego se deterioraron con gran rapidez. Quién sabe: quizá la muerte del profesor despojó a Elspeth de los restos de su atractivo. Es inconcebible que Elspeth no hubiera acusado a Marius durante los años que pasaron juntos de haberse enamorado de ella sólo porque pertenecía a otro hombre mayor y también más sabio. Ahora, aterido y horrorizado, Marius se habría preguntado si no tendría razón, al fin y al cabo.

Aunque la disparidad de edades lo había conmovido y excitado al principio —lo mismo que la idea de robársela a su marido—, poco a poco había ido perdiendo su fascinación, hasta que se había visto obligado a reconocer ante sí mismo que no podía soportar ver cómo envejecía: ni por su bien ni por el de ella. Así pues, aunque debe decirse que después de muchas idas y venidas del alma y del cuerpo (su mudanza a Marylebone había sido sólo la etapa final), le ahorró a Elspeth el angustioso espectáculo de su propia tribulación y la abandonó, para que muriese al menos con dignidad, a su propia suerte.

*Finis.*

Eso había sucedido tres años atrás. Cuánto tiempo llevaba desde entonces en Marylebone no lo sabía nadie. A él le gustaba mantener en secreto sus movimientos, lo cual encajaba con su cultivado aire de hallarse siempre de paso. Un Conrad en el archipiélago de Marylebone. Pero no podía llevar mucho por allí porque, en ese caso, con mi concienzuda, por no decir compulsiva, capacidad para otear oportunidades eróticas —no para mí; hablo desde el punto de vista marital— lo habría identificado mucho antes.

Fuera cual fuese el lugar donde se había instalado tras la muerte de Elspeth, también él había vivido desde entonces como

un muerto; se había dejado aquellos bigotes para mantener el mundo a raya y, desde su elevada estatura, apenas se comunicaba con nadie. Sólo las cuatro palabras, inaudibles bajo su mostacho, que pronunciaba ahora para dirigirse a los empleados de la tienda de botones de debajo, o al quiosquero, o a cualquiera que lo molestara en la terraza de un café, como yo mismo iba a adquirir la costumbre de hacer.

—Apenas unas cuantas palabras —fue la respuesta de Andrew cuando le pregunté si había conseguido oír algo de lo que Marius le había preguntado—. Pero en la universidad tampoco era nada fácil entenderle.

Si ya era un hombre evasivo incluso antes de tener motivos para no mirar a la vida directamente a la cara, ahora, sumido en la vergüenza, Marius corría el riesgo de hablar un lenguaje que sólo él entendía.

A mí me pasaba igual. Aunque yo proclame la universalidad de mi condición, no puedo decir que conozca a muchas personas que encuentren para describirla las palabras que yo utilizo. Salvo en los últimos rincones de la pornografía y en los *chats* fantasmagóricos donde los perturbados hablan entre susurros, las cosas que yo hago no se hablan en ninguna parte. Así pues, los dos usábamos un lenguaje que sólo hablábamos nosotros mismos. Partiendo de esa base, me parecía que podíamos conversar. O al menos llegar a algún un acuerdo verbal.

Él se quedaría horrorizado ante mi lenguaje (de eso estaba seguro) cuando llegase a oírlo. Pero no me importaba. Yo quería horrorizarle.

«Ningún hombre ha amado a una mujer sin imaginársela en los brazos de otro —ese tipo de lenguaje—. Ningún marido es feliz —verdadera, genitalmente feliz, con una felicidad que le llega al alma en cuanto marido— hasta que no tiene pruebas positivas de que otro hombre se la está follando.»

\* \* \*

Decir que mantuve a Marius bajo vigilancia sería magnificar un poco mis esfuerzos para conocer sus hábitos de vida. A fin de cuentas, tampoco había mucho que vigilar. Se pasaba la mayor parte del tiempo en casa, tratando de terminar el libro que nunca había empezado. Pero gracias a la responsabilidad de mis empleados y a ciertos principios domésticos que podrían describirse como elásticos, yo disponía de tiempo libre y pude seguirle a veces la pista cuando se aventuraba fuera de su habitación. En una o dos ocasiones lo vi dando vueltas por Manchester Square, como si no se decidiera a entrar en la Wallace Collection. Qué era lo que lo detenía, no podía saberlo. La pintura, descubrí más tarde. Los cuadros le recordaban a Elspeth. Ella amaba la pintura. Le gustaba incluso demasiado, para irritación de Marius. Él miraba desafiante los cuadros, entraba en disputa con ellos, percibía su poder, lo combatía: no los «amaba», en definitiva. Le pasaba lo mismo con la música. Escuchaba, reflexionaba, se resistía y sólo se entregaba tras una larga lucha. No la «amaba». Y ésa debía de ser presumiblemente la razón de que lo viera también merodeando con la misma actitud por los alrededores de Wigmore Hall. Elspeth se moría igualmente por la música.

El arte la rodeaba como una aureola. La transfiguraba. Aquel resplandor, cuando volvía a casa de un concierto o una galería, le hacía daño a la vista a Marius. El arte no fue el motivo por el que la dejó; la razón fue el deterioro de su cuerpo. Pero quién sabe si ese apasionado deseo de vivir rodeada de arte, especialmente de un tipo de arte excesivamente imaginativo (la exposición que más le había gustado en su vida había sido la de «Pintura prerrafaelita de fantasía» en el Victoria and Albert y, entre los tesoros que poseía o había poseído, figuraban las primeras ediciones firmadas de toda la obra de Tolkien, en tiempos conocido de su padre

y también de su marido); quién sabe, digo, si el arte febril en cualquiera de las formas que ella prefería no había tenido una importancia crucial en la progresiva flojedad de sus carnes...

Por lo demás, Marius demostró ser un tipo difícil de seguir. La única rutina suya con la que podía contar —el café de las cuatro en punto en cualquiera de las mesas metálicas que encontraba libre en High Street, con especial preferencia por las del café griego situado frente a la librería de viajes— ofrecía demasiados riesgos para que pudiese aprovecharla. No creía que me recordase del funeral en Shropshire, pero no podía arriesgarme. Para lo que quería de él, era importante que no supiera de mi existencia.

Empecé a frecuentar la tienda de botones por el simple hecho de estar debajo de él. Si el local se hallaba vacío y aguzaba el oído, me llegaba desde el techo el sonido de sus pasos, todavía buscando la primera frase de su libro. Compré muchos más botones de los que necesitaba en el curso de mis pesquisas, pero me daba la sensación de que así aprendía a husmear su rastro y de que, más adelante, si llegábamos a estar de compras en el mismo supermercado o visitando al mismo médico, sería capaz de detectar que andaba cerca.

Tal vez fuera pura casualidad o tal vez fue su olor lo que me llevó un día, a la hora del almuerzo, a la *fromagerie* del barrio, justamente cuando Marius estaba deliberando sobre el surtido del mostrador. Que él prácticamente sólo comía pan con queso me lo había imaginado hacía tiempo. Estaba seguro de que no había ninguna mesa en su apartamento. Tomaría su almuerzo, me imaginaba, sentado en el borde de la cama, cortando lonchas de queso con un cuchillo de fruta afilado y partiendo la *baguette* con las manos. Había algo satánico en esa imagen, como una explosión momentáneamente reprimida. Un hombre de semejante tamaño y temperamento no podía seguir viviendo de aquella manera.

Podías percibir la tensión que desprendía en la *fromagerie*.

Todo el mundo enmudeció a su alrededor mientras él murmuraba sin levantar la vista de los quesos, pidiendo una minúscula porción tras otra, aunque con silencios más y más prolongados entre cada una.

—¿Alguna cosa más? —le preguntó la joven que había detrás del mostrador. Con mucha razón, porque Marius se había quedado por fin tan completamente abstraído que parecía tener la mente en otra parte.

La pregunta suscitó entre la espesura de su bigote un suspiro de apesadumbrada diversión.

—¿Habrá alguna cosa más? Espero que sí, desde luego, pero cuándo la habrá y en qué consistirá, maldito si tengo la más remota idea. Siendo el tiempo irremediable, pensar qué más podrá haber, lo mismo que pensar qué podría haber sido, es una abstracción que permanece únicamente como una posibilidad perpetua en el mundo de la especulación, tal como dice el poeta.

—Serán diecisiete libras y treinta peniques —dijo la joven dependienta. Dedujo que estaba habituada a aquellos disparates.

Otro resoplido al estilo de su trágico Viejo Hombre de Mar y luego separó un billete de veinte del fajo que llevaba en el bolsillo trasero de sus pantalones de pana, como un profesor de Oxford que hubiese acabado en una banda de chantajistas.

—Gracias, muñeca —dijo, enfocándola con aquellos ojos glaciales y doloridos de color azul ópalo mientras la chica le daba el cambio. No tenía intención de ponerla en ridículo. Al contrario. Los mansos heredarán la tierra, eso creía Marius, después de que los arrogantes la hayan arrasado. Y entonces los mansos harán lo mismo.

*¡Muñeca!* ¡Por el amor de Dios!

¿Quién llamaba *muñeca* a una mujer a estas alturas?

No sabía cómo se sentiría la chica, pero yo mismo me sentí incómodo por ella al oírlo.

¡Muñeca!

Ni siquiera estaba seguro de que todavía estuviera permitido dirigirse a una mujer así. Tampoco estaba seguro de que hubiera debido permitirse nunca.

No compraba todos los días su pan con queso en esa *fromagerie*, pero sí con la suficiente frecuencia como para que yo pudiera albergar la esperanza de que acabaran viéndose al fin él y Marisa, pues ella también era muy aficionada a los quesos y aquella tienda —al menos en aquel entonces, cuando no había un mercadillo de agricultores— era el único sitio donde conseguirlo.

Y finalmente, aunque tuve que andarme con mucho ojo para asegurarme, se vieron.

Como experto en ambos, yo veía lo que habían visto. Él, polvoriento como un reptil, con una bufanda alrededor del cuello a pesar del tiempo más bien cálido: el eterno estudiante, recién salido de Wittenberg como Hamlet, que no se dirige a ninguna parte y sólo piensa en su almuerzo satánico. Ella, con una falda de tubo tan ajustada que él se habría preguntado cómo podía respirar su piel allí dentro, con las gafas de sol alzadas sobre el pelo, con unos pendientes que tintineaban mientras recorría la tienda con sus mortificantes tacones de aguja: una presencia extraña en un lugar tan orgánico. Siempre según mis aguzados sentidos, ella estaba más abstraída de lo normal, con su preciosa cabeza de Diana cazadora levemente inclinada, tal como hacía cuando sopesaba una proposición. Yo notaba cuándo advertía Marisa la presencia de un hombre. La había visto registrando la presencia de muchos. Ahora se aclaró la garganta. En cuanto a Marius, yo sólo lo había visto con unas presas demasiado jóvenes y con una

amante demasiado vieja, de manera que no estaba seguro de las reacciones que debía buscar en él. Pero lo vi atusándose hacia abajo los extremos del bigote y dándoles la forma de una perilla. Salvo que con ellos se hubiera hecho unos cuernos de cabra, no sé de qué otro modo podía haber manifestado su interés más claramente.

Fue cosa de un segundo: un parpadeo de reconocimiento entre ambos, tal como hacen los gatos bien educados cuando se cruzan en la calle.

Si hubieran sido gatos, podría haberlo dejado todo en sus manos. Ya habrían sabido ellos cuál era el siguiente paso. Pero se trataba de dos personas extremadamente civilizadas; dejadas a su suerte, por muy a menudo que se hubieran mirado en la *fromagerie*, no habrían pasado de ahí. Eran demasiado parecidos: excitaban el uno en el otro el romanticismo de lo imposible.

Yo, por otra parte, paso más deprisa de lo que se considera decente de la insinuación sexual más sutil al coito más grosero. Los celos trabajan a una velocidad que supera ampliamente las posibilidades del adulterio, por lujuriosos que sean los adúlteros: desde el pañuelo que se deja caer como al descuido hasta el acto culpable mil veces cometido. Todo en un abrir y cerrar de ojos. Y cuando los celos se vuelven un anhelo, todavía son más rápidos. Apenas había registrado la altanería gatuna de su intercambio de miradas, y ya me saltaba todos los estadios intermedios para llegar sin más a Marisa temblorosa, con la cabeza gacha y los cuartos traseros alzados, y a Marius con las garras preparadas, separando su pelaje, obscenamente escarlata como un hilo de sangre...

Yo no estaba loco. Era consciente de que para eso tendría que esperar un poco.

Pero al menos ya estábamos en marcha. Y entre tanto, no me

faltaban recursos. Conocía las debilidades de ambos. En el caso de Marisa, la conversación. En el caso de Marius, las mujeres que ya tenían marido y el arte (siempre que no implicara una admiración rendida, siempre que contuviera cierta corrupción). Lo único que tenía que hacer era llevarlos a una galería y conseguir que empezaran a hablar.